

La extinción de la izquierda

Por **Antonio García-Trevijano** - La Razón. 15 de noviembre de 1999

Salvo el brillante paso del siglo XVIII al XIX (Napoleón, Kant, Goethe, Goya, Beethoven, Laplace, Jefferson...), los cambios de siglo no han coincidido con los grandes cambios en el espíritu social de los tiempos. Y ahora, destruida casi por completo la esperanza de la liberación del hombre por medio de la política, la economía, la ciencia, la técnica, el arte o la educación, que ha sido la inmensa obra, moralmente demoledora, del siglo científico y tecnológico de la civilización industrial, la humanidad entra en el XXI sin izquierda, desprovista de ilusiones colectivas.

La historia no olvidará que la época más fulgurante en el dominio de la razón sobre los misterios de la materia y de la conciencia (Max Planck, Rutherford, Einstein, Hubble, Heisenberg, Freud...), la más prometedora en la curación de enfermedades y prolongación de la vida humana, la de más alto nivel de bienestar en la cuarta parte de la población mundial, ha sido también la más tenebrosa en el aplastamiento sistemático de la nobleza de las almas y de la libertad moral de las conciencias, la más cruel en genocidios y torturas, la que ha sacrificado el porvenir humanista de la humanidad a la ambición desaforada de poder, al infame consenso político y a la explotación tecnológica de la propensión de las masas a la servidumbre voluntaria.

Siendo muchos los motivos de orgullo sectorial, el contradictorio siglo XX siempre será, por la monstruosidad inaudita de sus crímenes, el siglo de Hitler y Stalin. Y por la liberación de las energías descomunales del átomo, el de Hiroshima y la conquista de la Luna. Por la instantaneidad de la noticia, será el siglo de la Televisión y la libre manipulación de una opinión pública mundial. Y por la racionalización del consumo de masas, el de la empresa transnacional y la sistemática corrupción del Estado de partidos. Por la especialización en el trabajo, será el siglo de la productividad, la enseñanza de las humanidades y la división de la cultura en culturas incultas. Y por la utilidad inmediata de la investigación biológica y militar, el siglo de la industria farmacéutica y genética, y el de guerra, droga y terrorismo. Por la necesidad de pleno empleo en el sistema de seguridad social, será el siglo del feminismo de cuota y de la moda juvenil. Por la inutilidad de la política en

el Estado de partidos, el siglo de los estadios, los espectáculos de histeria colectiva, las sectas pseudoreligiosas y las migraciones turísticas. Por la automatización editorial, el de la libertad de expresión sin libertad de pensamiento: el siglo de la informática. Y no será, pese a la unidad monetaria, el siglo de Europa.

La segunda mitad del siglo XX ha creado un tipo de civilización que habría escandalizado a las ideas progresistas del 1900. La alianza de la potencia material y la decadencia moral comenzó con la funesta propaganda de la guerra fría. La mentira, la doblez y la corrupción de los gobernantes penetraron, como ideal de vida oportunista, en todos los círculos dominantes de unas sociedades arruinadas y amedrentadas. Cuando hoy se defiende nuestro modelo de sociedad no se describe la democracia formal, ni los ideales colectivos de una existencia digna y sincera, sino un modo de producir, consumir, mandar, obedecer, enseñar, recrearse, hablar y pensar, donde el bienestar material nace, y se alimenta, del malestar cultural causado por la ausencia de libertad, verdad, justicia y belleza en el discurso público.

El siglo XX planteó, desde su inicio, un problema de justicia social igualitaria que, contra lo que pensaba Marx, la sociedad no podía resolver. La izquierda socialista marginó, o sacrificó a su ideario justiciero, la cuestión prioritariamente básica de la libertad política colectiva. El siglo termina, precisamente por eso, y para fracaso de toda la humanidad, con la extinción total de la izquierda política.

Puede usted fotocopiar, escanear, imprimir, distribuir, y difundir este Cuaderno para la Libertad Constituyente, siempre y cuando lo haga sin ánimo de lucro. Si además dispone de acceso a internet y desea ponerse en contacto con nosotros, o desea saber cómo colaborar con CLC, puede hacerlo a través de nuestra página web y nuestro correo electrónico:

<https://clc.diarioerc.com>
clc@falgm.com

CUADERNO para la LIBERTAD VERDAD LIBERTAD CONSTITUYENTE

Número 17 - Octubre 2022

La libertad de uno es fundada por la libertad de todos

www.diarioerc.com

CLC ES UNA INICIATIVA DEL MOVIMIENTO DE CIUDADANOS HACIA LA REPÚBLICA CONSTITUCIONAL. FUNDADO POR D. ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO FORTE

Por fin, abstención

Por **Antonio García-Trevijano** - 23 de octubre de 2012

Ya era hora de que la abstención electoral ganara, fuera de las urnas, la dignidad que se pierde con este sistema, dentro de ellas. Ya era hora de que lo más selecto de la prensa percibiera que lo mejor del cuerpo electoral está en los que se abstienen de apoyar con su voto, incluso en blanco, a un modo de integrarse en la sociedad política -listas de partido; cerradas o abiertas es prácticamente lo mismo- que hace imposible, por su naturaleza, la representación de la sociedad civil. Los abstencionistas han visto, por fin, el poder deslegitimador del NO, cuando puede expresarse sin temor, en todo régimen de dominación. Y nadie podrá negar, sin ridiculizarse, la insoslayable evidencia de que vivimos bajo la humillante dominación oligárquica de vulgares jefaturas de partido. Aunque tarde, ya es de conocimiento público que el derecho de votar implica por necesidad el de no votar. Y que si ambos tienen la misma legitimidad política, sólo el último alcanza una dimensión ética, cuando no hay nada que pueda ser votado sin indignidad, es decir, sin complicidad con la mentira, el crimen político o su perdón. La cabeza de lista del PSOE quizás no era consciente de la verdad exacta que se traslucía en su mensaje confesatorio, cuando pidió la complicidad de los votantes. Nadie ha sido más sincero que ella. La palabra cómplice es inequívoca: participar en un delito del que no se es autor. Y su sentido alegórico, más negro que el de compinche, es deshonoroso: conciencia pícaro de estar obrando mal, para obtener un beneficio, en perjuicio de otro, sin riesgo de punición. Ante tal invitación a la complicidad, no denunciada por los otros partidos ni por los medios de comunicación, ¿cómo dejar de abstenerse sin caer en el deshonor?

La abstención de los que hubiesen votado de haberles sido posible es muchísimo menor que la de los que no votarían sin la coacción de su entorno. Y la apatía política de los que

votan, para poder desentenderse luego de la cosa pública, no es predicable de los que se abstienen por ignorancia. Si votar en blanco legitima al sistema, con más razón no votar por incultura política debe ser la mayor deslegitimación del método que la produce. Si todos los votos cuentan lo mismo, con abstracción de sus diversos y hasta opuestos motivos, no es honesto atribuir el efecto deslegitimador solamente a los que no votan a conciencia. Si se distingue entre los que se identifican con un partido y los que lo votan para que no gane otra, también se puede distinguir la diferente índole de los motivos que empujan a la abstención. La conciencia personal se abstiene por la defraudación de las ilusiones puestas en los partidos en liza. Hoy no ha votado, pero mañana puede hacerlo por esas confusas tácticas del mal menor. ¡Como si el mal pudiera ser alguna vez objeto de libre elección! En cambio, la conciencia política sabe de antemano, y desde que el método se inventó, que votar a una lista es corromperse, porque ese fraude fue fruto de la perversión partidista y es causa de la corrupción ideológica.

¿Pero quiénes somos estos arrogadores de la conciencia política? Bien simple. Los que rechazamos el sistema proporcional por la razón suficiente de que no es representativo. O sea, porque los diputados no representan, aunque quieran, a los votantes; porque los electores no eligen, aunque lo crean, a los elegidos; porque las Cámaras no son una diputación o una representación de la sociedad en el Estado, sino una mera representación pública de la clase política designada por las jefaturas de partido; y, en fin, porque la arbitraria distribución de los escaños, para potenciar a los nacionalismos periféricos, no corresponde a la del voto. Para llegar a esta clara conciencia política ni siquiera hace falta saber lo que es democracia representativa. Basta con ser políticamente decente y, claro está, un poco inteligente.

¿Están los españoles mentalmente enfermos?

La psicopatología social producida por el consenso político

Por **Atanasio Noriega** - 27 de octubre 2017

Abordar la situación política, y especialmente en el caso de la sociedad española, desde una perspectiva psiquiátrica o que atienda al conocimiento existente de la psique humana, es casi un asunto imperativo, y una materia de estudio y análisis que complementa y mejora la comprensión de los aspectos formales y jurídicos que la sustentan. Si bien es cierto que el análisis formal de lo político permite la mejor comprensión y conceptualización de la arquitectura institucional y su funcionamiento, abordar el asunto y la materia (humana en este caso) que la compone, desde una perspectiva psiquiátrica, permite, a través de los efectos, desarrollar lo que en términos técnicos o tecnológicos, se conoce como "ingeniería inversa".

De este modo, pretendo adoptar en este artículo esta perspectiva, y trataré de utilizar una suerte de ingeniería social inversa, para desentrañar, aunque sea de forma sintética, el efecto producido en la psique humana, por la arquitectura política y la configuración de las relaciones de poder establecido en nuestro país.

En España, tras 40 años de dictadura autoritaria, es normal que la sociedad civil, la clase gobernada, se hubiese acomodado en una posición servil y sumisa que permitía una supervivencia subsidiada al abrigo del Estado y que, finalmente, llegaba a concebir a la estructura de poder, por la fuerza de la costumbre y la indefensión aprendida, como algo paternal y benefactor. Es por eso que, a la muerte del dictador militar, la deficiente formación de los españoles en los asuntos de la polis, y por lo tanto, del espacio de lo público, era una consecuencia lógica de no haber intervenido o haberse formado en esa necesidad de cualquier colectivo humano desarrollado y que aún mantiene las bondades de la civilización. En aquellas circunstancias, no fue demasiado complicado para una parte reducida de la sociedad, para un puñado de personas, los más oportunistas y hambrientos de poder, aprovecharse de la situación política eventual y así, abrazando los preceptos del régimen cesante, integrarse en el Estado y participar, junto a los herederos naturales del

poder conquistado por el general Franco en la guerra civil, en el reparto del botín y de las empresas públicas, y sustituir la dictadura, a través de una reforma, por un régimen de partidos estatales, es decir, esencialmente, una oligarquía o Estado de los partidos (algo vulgarmente conocido como "partidocracia"). Como bien expresa Antonio García-Trevijano, "el terror de los herederos de Franco a la revancha, se vio únicamente superado por el ansia de los vencidos para ocupar cargos y disfrutar de prebendas en el poder".

Esta metamorfosis (como la define también el filósofo español, recientemente fallecido, Gustavo Bueno) y continuidad de las mismas instituciones y estructuras ya establecidas, sin que hubiese una verdadera ruptura y por lo tanto una liberación de la sociedad y la clase gobernada, puede asemejarse perfectamente a lo que en psiquiatría se conoce como "matar al padre" y que en el caso de la sociedad española, aún no se ha producido. Una expresión metafórica que fue expuesta y desarrollada profusamente por Sigmund Freud en su obra, a través del mito de Edipo, tomado de Sófocles y también mediante el mito del Urvater (el padre originario y antepasado), y la construcción mítica sobre la muerte de Moisés, a partir del texto de Oseas. La recurrencia freudiana al mito, para dar cuenta de la función del padre, tanto a nivel del sujeto como de la masa, es algo perfectamente bien conocido por los especialistas de la psicología y la psiquiatría, y permite analizar lo que yo defino aquí como una psicopatología social en España.

Los efectos que esta situación produce son percibidos, sin duda, por numerosos especialistas en nuestro país, pero pocos o ninguno conocen o comprenden su origen profundo y sus causas, puesto que no lo relacionan con la política, es decir, con la lucha de los individuos por alcanzar el poder. La configuración del poder establecido sume a la sociedad civil en un permanente estatus de adolescencia, sin la conciencia de responsabilidad en sus acciones, y es además agravado por verse ésta sometida a los efectos perversos y adversos del consenso político, que constriñe o acota el pensamiento en las masas, de un modo que pasa completamente inadvertido, para la inmensa mayoría de los individuos.

El primer efecto, inmediato y obvio, es el de que las personas desarrollen una serie de sentimientos de identificación, es decir, de carácter identitario, hacia quienes ya tienen el poder y lo exhiben a través de los

medios de masas. Medios que se encuentran, todos sin excepción, bajo el control de un establecimiento simbiótico en su existencia con el propio Estado que los cobija. Y este sentimiento que resulta de la ausencia total de representación política de la sociedad civil, es decir, de que en lugar de ciudadanos lo que existen de facto sean súbditos, permite paliar la frustración e impotencia ante los hechos que se desarrollan en el espacio de lo público y en los cuales no intervienen las personas gobernadas. Individuos condenados al ostracismo político y que adoptan una conducta muy similar a la que se da entre los adolescentes, cuando buscan modelos y ejemplo de vida en sus grupos musicales, artistas o ídolos favoritos.

La diferencia estriba en que, mientras que en el fenómeno de fans, tan habitual entre los púberes, esto se produce de forma natural e involuntaria, y es superado con el tránsito a la edad adulta, en el caso de la identificación que sufren la mayoría de los españoles hacia los partidos del Estado, es algo de índole artificial y creado por el propio poder establecido que se vale de ello para sustentarse. Los éxitos, que las personas que forman parte de la sociedad política estatal, no han podido lograr de un modo natural y por sus méritos propios, son fabricados artificialmente mediante la existencia de privilegios de clase que se derivan, de forma lógica, de una estructura de poder, vertical y autoritaria, que continúa funcionando exactamente igual que durante la dictadura. Toda la fama de personajes como Pablo Iglesias, Felipe González, Santiago Abascal, Aznar, Esperanza Aguirre, Albert Rivera o Julio Anguita ha sido producida por y para el Estado, sin el concurso de la sociedad civil, siendo por tanto, no líderes naturales y espontáneos, sino el resultado de un régimen de poder, ya constituido desde el final de la última guerra civil y que se sostiene gracias a la inevitable corrupción que se deriva de la existencia de un consenso político de la oligarquía.

En esta situación, las personas desarrollan una especie de síndrome de Estocolmo, en donde terminan abrazando, e incluso justificando y defendiendo, a sus propios secuestradores. La ignorancia en materia política, la apatía y el aburrimiento, el hastío y la falta de objetivos propios, la absoluta amputación mental que produce el consenso político, la renuncia expresa a realizar proyectos de carácter innovador (porque son sistemáticamente aplastados por el aparato del Estado y sus empresas simbiotes del IBEX35), llevan al resultado que observamos

y que acompaña a la descomposición inevitable de un régimen únicamente sostenible gracias a la desbordante corrupción. Graves deficiencias, de carácter identitario, y que al tratar de resolverse sin transgredir los límites marcados por el consenso socialdemócrata, no encuentran solución. Cuestiones de vital importancia para el desarrollo sano de cualquier sociedad, como son la libre asunción de los aspectos culturales y morales, la conciencia identitaria que permite la individualización en la comunidad humana determinada por la historia y que llamamos España, son anuladas y sometidas al consenso de un grupo de personas que monopolizan el poder político y que tratando desesperadamente de perpetuarse, destruyen la propia base que permite su existencia. No entraré ahora en detalles, y tampoco es necesario en este artículo, acerca del absoluto destroz cultural que ha supuesto la estatalización de la sociedad, o en explicar los entresijos aberrantes de la creación, en 1977, de un Ministerio de Cultura que permite dominar a las masas a través de la imposición artificial de costumbres y disvalores, pero basta señalar esta causa, entre otras, para que cualquier lector, medianamente inteligente, saque sus propias conclusiones. Por lo tanto, y según lo expuesto hasta ahora en este somero análisis, es sencillo extraer las conclusiones, que dejo como materia para la reflexión de los lectores, que se derivan de todos estos hechos. La unidad de poder que domina el Estado y que, como consecuencia, domeña a la sociedad civil, el consenso político entre un grupo de jefes de partidos a los que los súbditos españoles no pueden deponer ni elegir, además de condicionar de forma aberrante la vida de millones de personas en España, impide el propio desarrollo intelectual que, aquellos que presumen de ejercerlo como si fuese la profesión de los pedantes, pretenden exhibir de forma recreativa en las publicaciones divulgativas de las universidades, y en los medios de comunicación. Todos ellos saben bien, de una forma u otra, sea consciente o inconsciente, que si abandonan los límites del consenso y no acatan el dictado de lo políticamente correcto, serán condenados al destierro intelectual y a la pérdida consecuente de su fama y estatus social. En España, decir la verdad, es algo que está literalmente prohibido y el emperador está desnudo, todo el mundo lo ve y nadie lo dice.